



LA SANA DOCTRINA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2007

La Sana Doctrina

*“Toda la palabra de Dios
para todo el pueblo de Dios”*

*Revista bimestral publicada por
asambleas congregadas en el Nombre
del Señor Jesucristo en Venezuela.*

Año XLIX N° 291

Septiembre-Octubre 2007

Redactores:

Guillermo Williams (Fundador: 1958-61)

Santiago Saword (1961-76)

Santiago Walmsley

Andrew Turkington (Redactor)

a/c Carrera 6° N° 12-61, San Carlos,
Cojedes, 2201, Venezuela.

Tlf. (0258) 8084791

E-mail: andrewturk@cantv.net

Tesorero: William Turkington

a/c Carrera 6ª N°12-61, San Carlos,
Cojedes, 2201, Venezuela.

Teléfono: (0258) 4330112

E-mail: turkington@cantv.net

Suscripciones para 2007

La suscripción es anual (seis revistas), y se paga por adelantado.

Para Venezuela: Bs. 4000

Las suscripciones se hacen preferiblemente por asamblea, y pueden cancelarse mediante un depósito sin libreta a la cuenta de ahorros **No. 0101-10778-1** del Banco Mercantil a nombre del tesorero. Favor avisar por teléfono o utilizar el código explicado en el Directorio de asambleas.

Para el exterior: US\$ 8,00 (vía superficie)

US\$ 9,00 (vía aérea)

Favor enviar cheque en dólares americanos a nombre del tesorero.

Impreso por: OMEGA, C.A.

Tlf. (0243)2361254

DEPOSITO LEGAL pp: 195702DF52

Contenido

Artículos:

Las Jornadas (cont.)	3
<i>De Egipto a Canaan (11)</i>	
Santiago Walmsley	
El Altar Fraternal.....	6
<i>Altares de la Biblia (2)</i>	
Alcímides Velasco	
Tanto Superior.....	9
<i>Cosas Superiores en Juan (1)</i>	
Andrew Turkington	
Resurrección y Salvación	11
Samuel Ussher (h)	
Aod – El Diplomático (cont.).....	16
<i>Los Trece Jueces (6)</i>	
A.M.S. Gooding	
Acaz y Manasés.....	19
<i>Notas y Exposiciones Bíblicas (12)</i>	
William Rodgers	
Saúl y las Asnas	21
<i>Samuel (10)</i>	
W.W.Fereday	
Lo que Preguntan	23
• ¿Un creyente puede estar fuera de comunión con Dios?	
Página Evangelística	24
Por fin estoy en Casa	
<i>En Memoria de Srta.Donna Slack</i>	
Bernardo Chirinos	

Las Jornadas (cont.)

De Egipto a Canaán (11)

Santiago Walmsley

Números 33 da una lista completa de las jornadas de Israel desde su salida de Ramesés en tierra de Egipto, a los quince días del mes primero, o sea, el segundo día de la pascua, el año que fue liberado de la esclavitud de Faraón. Primero, se trazan sus jornadas dentro de Egipto, hasta pasar en medio del Mar Rojo, v.8. A continuación, Moisés puso en orden todas las jornadas de los cuarenta años, hasta llegar el pueblo al Jordán, la frontera de la tierra prometida.

La jornada del versículo 14 fue de Alús a Refidim donde el pueblo no tuvo aguas para beber, y este hecho corresponde a la historia de Éxodo 17. De nuevo, faltaba agua para el pueblo pero, en esta instancia, Dios hizo provisión permanente para la nación en todas sus jornadas. “Bebían de la Roca espiritual que les seguía, y la Roca era Cristo”, 1 Cor. 10:4. “Que les seguía” se puede interpretar en el sentido que agua brotaba espontáneamente de la roca en todo lugar dondequiera que acampara el pueblo. Sea como sea nuestro entendimiento de la frase, no había más necesidad de que se golpeara otra vez la peña.

La referencia en Corintios confirma que la historia del pueblo encierra enseñanzas espirituales para nosotros, como indica la frase, “La Roca era Cristo”. Éxodo 17:5,6 habla de la “peña”, y esta palabra significa una peña baja o pequeña y representa a Cristo en Su humillación. El hecho de que la

peña fue golpeada una vez por Moisés, corresponde a la muerte de Cristo cumplida una vez para siempre cuando fue “herido por Dios” a causa de nuestras rebeliones y pecados. Su muerte cumplió a perfección todas las demandas de la santidad y la justicia de Dios, de manera que, no hay necesidad de que se repita.

No era necesaria que la peña fuese golpeada repetidas veces durante los cuarenta años. La Roca herida proveía en abundancia todas las necesidades del pueblo y esto trae a la mente la palabra del Señor cuando dijo: “el que bebiera del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás”. El que por fe ha gustado del agua de vida, no busca el agua turbia que se consigue en las cisternas rotas del mundo. De muchos en este tiempo se puede decir lo que Jeremías dijo en su día, “Mi pueblo ha trocado su gloria por lo que no aprovecha. Espantaos cielos, sobre esto, y horrorizaos; desolaos en gran manera, dijo Jehová. Porque dos males ha hecho Mi pueblo: Me dejaron a Mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (Jer. 2:11-13). Seguramente, “el que bebiera de esta agua (el de las cisternas rotas de un mundo cada vez más corrupto) volverá a tener sed” Esas aguas no pueden satisfacer al creyente. En cambio las aguas que Cristo da son en el creyente “una fuente de agua que salta para vida eterna”, Juan 4:14. “El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva; esto dijo del Espíritu”, Juan 7:38,39.

En el cuadragésimo año de la salida de Egipto, la nación se encontró de

nuevo en Cades, escena de su gran pecado, Números 13,14, cuando de nuevo sufrió escasez de agua. Es más que probable que las murmuraciones en esta ocasión se hicieron por la nueva generación. Moisés reconoció la necesidad de enseñar y preparar aquella generación y, por lo tanto, les repitió los estatutos y decretos, las leyes y ordenanzas como se ve claramente desde Dt. 4:1, 5:1, etc. Todo lo enseñó oralmente y también lo dejó por escrito en el libro de Deuteronomio que es, como significa su nombre, el segundo libro de la ley.

Es responsabilidad de los ancianos enseñar y preparar las nuevas generaciones de modo que estén en condiciones para mantener, en forma digna y responsable, testimonio para Dios. Los estudios bíblicos y cultos para ministerio se adaptan perfectamente para esto y deberían ser aprovechados al máximo para lograr este objetivo.

En la primera ocasión cuando Dios proveyó agua de la roca, era una roca pequeña, figura del Hijo de Dios en humildad, herido por nosotros en la cruz. En esta segunda ocasión, Números 20, la palabra es diferente, pues, es una peña alta, figura de Cristo exaltado en gloria. Golpear la roca en este caso, como lo hizo Moisés, no era necesario, ni tenía palabra de Dios para hacerlo. Fue instruido a “hablar a la peña”, Núm.20:8, pero Moisés, por impaciencia, golpeó la peña y así destruyó la hermosa figura que representa a Cristo en gloria. Pedimos a Él, nada más, y nos concede nuestras peticiones conforme a Su promesa, “Si algo pidiereis en Mi nombre, Yo lo haré”, Juan 14:14.

Este lamentable caso nos enseña a temer la carne, pues, habiendo soportado al pueblo con paciencia admirable durante cuarenta años, falló Moisés en la recta final.

Este mismo capítulo, Éxodo 17, relata la pelea que tuvo Israel con Amalec. Según Génesis 36 Amalec fue nieto de Esaú. La primera actividad de Amalec que se registra en la Biblia se halla en Éxodo 17, y la próxima referencia a él está en la profecía de Balam, Números 24:20. En estas pocas referencias se traza el origen de Amalec, sus características y su fin, todo en forma directa como es propio de la Biblia, sin rodeos ni enredos.

Estos capítulos sobre el éxodo cuentan las primeras experiencias de Israel en el desierto donde su primer conflicto fue con Amalec. Es probable que el primer conflicto de cada creyente haya sido con la carne. Deuteronomio 25:17-19 revela que Amalec atacó la retaguardia donde andaban los débiles, cansados y trabajados. Así, los momentos de cansancio y sufrimiento, y los días de apocamiento y desaliento son los momentos cuando, debilitados, podemos ser vencidos más fácilmente por la carne.

En la caravana de Israel, es casi seguro que los débiles y cansados se distanciaron del cuerpo grueso del pueblo. Alejarnos de los cultos y de la comunión hermanable que siempre nos fortalece es, a menudo, lo que conduce a la caída. Los que caen víctimas de la carne son los que se distancian de la asamblea y, como resultado, no tienen trato con otros creyentes ni conversaciones sobre las Escrituras. Como Sansón, pierden su fuerza espiritual,

con el resultado que quedan expuestos a las embestidas de la carne. Los que dan rienda suelta a la carne cosechan los frutos amargos de sus locuras y, como escribió don José Naranjo, “andan arrastrando la carga de sus pecados, el fardo de sus desengaños”. Como el mundo, la carne también ofrece mucho, pero engaña, y no satisface. En todo caso es muy elevado el precio que reclaman estos dos enemigos. Des hacen el hogar y el matrimonio, y conducen a la perdición eterna. No fue juego cuando Dios dijo de Amalec, apto representante de la carne, que su mano “se levantó contra Jehová”. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”, Rom. 8:7. Efectivamente, todo lo que alimenta la carne es territorio enemigo para el que lleva la cruz de Cristo.

En aquella batalla Josué “deshizo a Amalec”, pero no le eliminó. De esto se dio noticia a Moisés, diciéndole Dios, “Jehová tendrá guerra con Amalec **de generación en generación**”. Esta palabra es capaz de desanimarnos ya que entendemos que el conflicto con la carne seguirá hasta terminar nuestra peregrinación aquí. Pero, la carne y todo lo que representa va a ser totalmente eliminada del creyente. Para esto, Dios envió a Su Hijo y en Él condenó al “pecado en la carne”, Rom. 8:3. Cristo fue crucificado para que “el cuerpo del pecado sea destruido”, Rom. 6:6, o sea, la totalidad de pecado. La obra de Cristo es de tanta envergadura que basta para eliminar todas las facetas del pecado: los pecados cometidos, la capacidad de pecar, el pecado del mundo, etc.

Es cierto que hay en el creyente una naturaleza cuya tendencia es pecaminosa pues, de esto, Romanos 7 confirma tres veces que “el pecado mora en mí”. Pero, es igualmente cierto que el Espíritu Santo mora en el creyente, y esto se confirma tres veces en Romanos 8. La naturaleza pecaminosa en el creyente, ya que tiene el Espíritu Santo morando en él, no le domina. Por esto se dice, “no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal”.

Este conflicto con Amalec da indicaciones acerca de cómo se vence la carne. En primer lugar Moisés en la cumbre del collado con las manos elevadas como en oración, y la vara de Dios en la mano, representaba el poder de la intercesión. Segundo, le apoyaba Aarón, sumo sacerdote del pueblo, figura del Señor exaltado a la diestra de Dios, donde intercede por nosotros, Rom. 8:34. ¿Cuántas veces no hemos pasado por la experiencia del salmista que dijo, “en cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos”?, Salmo 73:2. En tales experiencias, lo que nos salvaba fueron las intercesiones del Señor a nuestro favor. Tercero, Hur tipifica aquella “pureza” personal y santidad sin la cual nadie verá a Dios.

Estos tres factores son eficaces para nuestra preservación, pero mayormente las intercesiones del Señor a nuestro favor. Pero, si en alguna ocasión, logramos dominar los impulsos carnales, que no bajemos la guardia. Recordemos que en nosotros la batalla va a seguir de día en día, como dice, “de generación en generación”.

La carne en el creyente en nada es diferente a la carne en la persona que

anda sin Cristo, y es capaz de destruir nuestro testimonio y a nosotros también. Si no fuera por los buenos oficios del Espíritu Santo en nosotros y las intercesiones del Señor a nuestro favor, sería imposible dominar y controlar los apetitos de la carne.

La carne en todo caso se levanta contra el trono de Dios, es decir, su intención es destronar, si fuera posible, a Dios. De esto, el primer pecado, el de Adán, da testimonio suficiente. Estando Adán en el deber de obedecer a Dios en un solo mandamiento, él optó por desechar a Dios e imponer su propia voluntad. Lejos de ser un hecho “inocente” su pecado revestía las características de rebeldía. Por sus hechos había dicho “NO” a Dios para imponerse a sí mismo, y esto en efecto es enemistad contra Dios. Fue genérico el pecado de Adán y, por lo tanto, todo pecado se reviste de las mismas características.

La primera cosa que Dios mandó a Moisés escribir fue este caso de Amalec. Es importante el caso, pues, revela que el pecado, todo pecado, se levanta contra el trono de Dios. El rechazo y la muerte de Cristo es prueba de esto. La carne con todas sus tendencias va a mantenerse activa de generación en generación. En el caso del creyente se eliminará con la muerte o con la venida del Señor, “porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción”. En aquel día será cumplida la palabra, “Sorbida es la muerte en victoria”.

El Altar (con implicación) Fraternal

Altars de la Biblia (2)

Alcímides Velasco

Sobre el altar se ofrecían ofrendas de olor suave y ofrendas por el pecado. Las primeras eran voluntarias y devocionales. En las segundas se procuraba el perdón y la restauración de la comunión. En estas ofrendas el oferente estaba claro que Dios aceptaba el sacrificio, sobre la base del sincero arrepentimiento, del previo arreglo y de la debida restitución. Si estas condiciones no se cumplían, en vano se ofrecía el sacrificio, y se caía en el terreno de la ritualidad vacía. El gran Jehová reprendió a la nación de Israel por esta grave falta: “¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios?...no me traigáis más vana ofrenda...Lavaos y limpios, quitad la iniquidad de vuestras obras...dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien...” (Is. 1:11,13,16,17) El Señor nos guarde, hermanos, de la ortodoxia religiosa, del formalismo ritual y de la apariencia exterior, sin realidad interior.

El pasaje en consideración dice: “...si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.” (Mt. 5:23,24) Notemos algunas lecciones sobre este pasaje:

1. La Percepción Escritural

“*Si traes tu ofrenda al Altar*”. Hasta este punto el oferente teóricamente había cumplido con las exigencias que demandaba la Ley Ceremonial. La persona había salido de la casa con la ofrenda adecuada. Ellos desde niños aprendían a conocer y memorizar las Sagradas Escrituras. Los primeros capítulos del libro de Levítico que tratan sobre las ofrendas, era materia que todo buen israelita dominaba. Todo hijo de Abraham sabía la secuencia de los pasos a seguir hasta que su ofrenda estaba ardiendo sobre el altar. Por lo que sigue, entendemos que el caso que el Señor plantea no era una situación aislada; sino más bien, una conducta que había llegado a ser común en la actuación religiosa del israelita corriente; había más de formalidad ritual, que de verdad Escritural y realidad espiritual. Al final del Antiguo Testamento, en el libro de Malaquías, el Señor reprende al pueblo diciendo: “Yo no me complaceré en vosotros, ni de vuestra mano aceptaré ofrenda” (Mal. 1:10).

Nosotros, hermanos, si nos descuidamos podemos caer también en el formalismo religioso. Por repetir mecánicamente todos los días los mismos actos acostumbrados, podemos llegar a actuar con liviandad en las cosas sagradas. Es por eso que dice la Escritura: “cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal.” (Ec. 5:1)

El Señor reprendió a la iglesia de Sardis, diciéndole: “tienes nombre de que vives, y estas muerto. Se vigilante,

y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios” (Ap. 3:1-2). En Laodicea, las cosas poco a poco se habían deteriorado tanto, que el Señor estaba fuera de esta asamblea; y les dice: “te vomitaré de mi boca”, y al final les advierte: “Yo reprendo y castigo a todos lo que amo; se, pues, celoso y arrepiéntete” (Ap. 3:14-18). ¡Oh hermanos, el Señor nos guarde de todo formalismo rutinario!

2. La Iluminación Espiritual

Fue estando ante el Altar, que el hombre que traía la ofrenda, se acordó que su hermano tenía algo contra él. El salmista dijo: “Entraré **al Altar de Dios**” “Lavaré en inocencia mis manos, y así andaré **alrededor de tu Altar, oh Jehová**” (Sal. 43:4; 26:6). Indudablemente que fue ante la solemne impresión del Dios del Altar, que su alma despertó. Le fue revelado que algo andaba mal adentro. Otro tanto aconteció al profeta Isaías: en el capítulo 5 de su Libro, se lamenta con dolorosos ayes de la mala condición del pueblo. Luego en el cap. 6, él se encontró en el templo, cercano al altar. Estando allí recibió una visión de la santidad del trono de Dios. Ante la luz recibida, exclamó: ¡Ay de mí...!

No fue el milagro en si mismo, (de la pesca milagrosa); lo que hizo caer a Pedro de rodillas, confesando su condición adentro; sino el considerar que estaba ante la presencia del Señor que tiene el poder de realizar milagros (Lc. 5:8).

Por lo que se dice en Lev. 10:9, se infiere que Nadab y Abiú estaban bajo influencia del vino. Ellos debían tomar

carbón del Altar del Holocausto y llevarlo al Altar de Incienso; pero deliberadamente no hicieron así; sino que “ofrecieron fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová, y murieron” (Lv. 10:1-2). Si en la condición en que se encontraban, hubiesen hecho lo correcto, pasando primero por el Altar del Holocausto, se infiere que el juicio de Dios hubiese sido evitado; ya que ante la luz del Altar, el pecado hubiera sido reconocido y confesado.

Allí tenemos una solemne lección: si ante la presencia de Dios, ya sea en el culto, orando o leyendo en el Santo Libro, somos reprendidos por algo malo consentido en la vida, y no lo confesamos, sino que nos endurecemos, nos exponemos inevitablemente a su acción disciplinaria (1 Cor. 11:31; Pr. 29:1).

3. La Reconciliación Fraternal

El hombre, ante la luz recibida, debía dejar su ofrenda delante del Altar, e ir a reconciliarse con su hermano, luego regresar a presentar la ofrenda. Para el Dios del Altar es más importante la condición interior del oferente, que la condición exterior de la ofrenda. El sacrificio podía ser ritualmente perfecto, pero si su corazón no era fraternalmente perfecto, la ofrenda no era aceptada.

Cuando Jacob salió secretamente de Padan-aram, Laban le persiguió durante siete días con malas intenciones. La noche antes del encuentro con su yerno, Dios vino en sueños a Labán, y le dijo: “Guárdate de que no hables a Jacob descomedidamente”. Ellos finalmente se arreglaron. Fue después

de hacer pacto de reconciliación, que “Jacob inmoló víctimas, y llamó a sus hermanos a comer pan” (Gn. 31:23-25, 46, 54).

Es un principio bíblico hacer arreglos fraternos antes de presentarse para ofrecer en las cosas santas. Es triste tener que decir que ese principio se quebrantó en el pasado, y se viola también en nuestros días.

Elcana acostumbraba anualmente venir a Silo con su familia a ofrecer sacrificios a Jehová de los ejércitos. Era una contradicción que Penina, con una actitud chocante hacia Ana, participara de los sacrificios en el Altar. Era el producto de que en aquellos días las cosas estaban mal en el Tabernáculo de Jehová. Los sacerdotes hijos de Elí ponían tropiezo al pueblo, “y hacían que los hombres menospreciaran las ofrendas de Jehová”. (1 S. 1:2- 18; 2:17)

En Corinto la asamblea estaba dividida en facciones. Tristemente algunos estaban participando de las cosas santas en semejante condición. El apóstol dice: “El que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio como y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen” (1 Cor. 11:27-30).

Lo mismo acontecía con Evodia y Síntique en la Iglesia en Filipos. Ellas no eran de un mismo sentir en el Señor. El apóstol al conocer esta desavenencia, previene malos resultados; y ruega a un tercer hermano que inter venga como mediador. (Fil. 4:2-3). Los esposos que no nos consideramos mutuamente, aparte de que “las ora-

ciones tienen estorbos” (1 P. 3:7), también nos exponemos a la disciplina de Dios, al participar en esa condición de la cena del Señor, y del servicio cristiano.

El Señor nos guarde a nosotros, hermanos, de que nos falte el temor al Señor; sino que, “nos consideremos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras”.

Tanto Superior

Cosas Superiores en Juan (1)

Andrew Turkington

El evangelio de Juan se asemeja a la epístola a los Hebreos, en que presenta la superioridad de Cristo y todo lo relacionado con esta dispensación de gracia sobre el antiguo régimen de la ley. El culto del Antiguo Testamento tenía las sombras, ahora tenemos la sustancia; y la realidad actual es tanto superior en todo sentido a las figuras del pasado. El culto antiguo estaba muy relacionado con lo material, lo terrenal y lo físico; el culto actual es predominantemente espiritual.

Y por supuesto, al llegar la sustancia, las sombras quedan atrás; lo nuevo no solamente supera lo antiguo, sino que lo reemplaza completamente. Si pudiéramos apreciar esta verdad, seríamos guardados de los errores de la cristiandad, que quiere seguir con las sombras.

Será de provecho, entonces, considerar en el evangelio de Juan la superioridad de todo lo que ahora tenemos, comenzando con:

1. Una Persona Superior

En el evangelio de Juan resplandecen las glorias del Señor Jesucristo, como una piedra preciosa que destella diferentes colores cuando le damos vuelta en nuestras manos.

Sus Títulos

Solamente en el primer capítulo tenemos siete grandes títulos de Él:

1. El Verbo – v. 1,14
2. El Cristo (Mesías) – v. 20,25,41
3. El Profeta – v. 21, 25, 45
4. El Cordero de Dios – v. 29,36
5. El Hijo de Dios – v. 18,34,49
6. El Rey de Israel – v. 49
7. El Hijo del Hombre – v. 51

EL YO SOY

Él es el gran “Yo Soy”, el mismo que se reveló a Moisés, diciendo: “Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros” (Ex. 3:14). Por tanto en este evangelio, Él utiliza este nombre conectado con siete aspectos de su Persona:

1. Yo soy el pan de vida – 6:35,48
2. Yo soy la luz del mundo – 8:12
3. Yo soy la puerta – 10:7,9
4. Yo soy el buen pastor – 10:11,14
5. Yo soy la resurrección y la vida – 11:25
6. Yo soy el camino y la verdad y la vida – 14:6
7. Yo soy la vid verdadera – 15:1,5

Cuando la mujer samaritana mencionó el Cristo, Él se reveló a ella de esta manera: “Yo Soy, el que habla contigo” (4:26), e inmediatamente ella se dio cuenta de su verdadera identidad. Este título implica su eterna exis-

tencia, Él siempre es. Cuando Él dijo: “Antes que Abraham fuese, Yo Soy”, los judíos entendieron la implicación de esto, y tomaron piedras para arrojárselas (8:58,59). El poder detrás de este título divino se hizo patente en el huerto cuando el Señor solamente dijo: “Yo Soy”, y aquella compañía de soldados y alguaciles retrocedieron y cayeron a tierra.

Mayor que todos los antepasados

Abraham, Jacob, Moisés y Juan el Bautista eran hombres grandes del pasado. Pero el Señor Jesucristo está muy por encima de todos ellos. Los judíos le insultaron: “¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió?” Pero Él era antes de Abraham.

La mujer samaritana le tuvo en poco: “¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo...? Pero el Señor podía darle un agua superior al agua del pozo de Jacob (4:12-14).

Los fariseos dijeron al que había sido ciego: “Nosotros, discípulos de Moisés somos. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea.” (9:28,29). Pero “la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (1:17).

Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista (Mt. 11:11), pero Juan era solamente el amigo del esposo; el Señor es el mismo esposo, y Juan reconoció que él no era digno de desatar la correa del calzado del Señor (Jn. 3:29; 1:27). Más bien Juan dirigió a sus pro-

prios discípulos a la persona de Cristo, y sin duda sintió que había cumplido su misión cuando ellos siguieron al Señor (1:35-37). Y cuando los judíos le informaron que todos estaban yendo tras el Señor, él aclaró: “Yo no soy el Cristo... es necesario que él crezca, pero que yo mengue” (3:26-30).

Es Sobre Todos

En conclusión, “El que de arriba viene *es sobre todos*” (3:31). Tenemos que decir como Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (6:68), y exclamar como Tomás: “¿Señor mío, y Dios mío!” (20:28). Que el Señor nos guarde de dos errores: exaltar al hombre al mismo nivel que el Señor, y rebajar al Señor al mismo nivel que el hombre. Cuando Pedro, sin saber lo que decía, quiso hacer tres tabernáculos, una para el Señor, otra para Moisés y otra para Elías, el Padre intervino desde el cielo para exigir: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; *a Él oíd*” (Mt. 17:4,5). Asegurémonos que el Señor “en todo tenga la preeminencia” (Col. 1:18).

2. Una Gloria Superior

Había una gloria asociada con el antiguo pacto y el tabernáculo. “Fue con gloria”; “fue glorioso”; “tuvo gloria” (2 Cor. 3:7-11). Los israelitas vieron esa gloria visible: “la gloria de Jehová apareció a toda la congregación” (Num. 16:19).

Pero cuando el Verbo eterno fue hecho carne y habitó (literalmente “tabernaculó”) entre los hombres, se manifestó una gloria superior. No era un resplandor visible, como una aureola alrededor de la cabeza del Señor. Es

cierto que Pedro, Jacobo y Juan vieron al Señor rodeado de gloria visible en el monte de la transfiguración, pero Juan dice: “(y vimos su gloria, gloria como la del unigénito del Padre) lleno de gracia y de verdad” (1:14). La gloria moral del Señor Jesucristo, visible al ojo espiritual, era superior a aquella gloria física del pasado. Era una “gloria más eminente”, era “mucho más glorioso” (2 Cor. 3:10,11). En Él se desplegó en toda su plenitud la gracia de Dios, y simultáneamente, la verdad de Dios en toda su plenitud.

Cuando Moisés estuvo en la presencia del Señor por 40 días, su rostro quedó impregnado con esa gloria visible. Y “nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor. 3:18). Cuando pasamos tiempo en la presencia del Señor, contemplando sus glorias morales en las Escrituras, progresivamente vamos a desplegar esa misma gloria en nuestras vidas, llegando a ser más y más semejantes a Él. El Espíritu del Señor es el que realiza esta transformación.

Resurrección y Salvación

Samuel Ussher (h)

De todos los milagros realizados por el Señor, quizá los que más impresionaron fueron la resurrección de algunos muertos. Los Evangelios narran tres casos: La hija de Jairo (Lucas 8:41-42,49-56), el hijo de la viuda de Naín (Lucas 7:11-16) y Lázaro de Betania (Juan 11:38-44).

Pablo, escribiendo a los Efesios, dice: “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). De modo que el pecador sin Cristo está muerto espiritualmente, “ajeno de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay” (Efesios 4:18). Hay paralelos importantes entre los muertos que el Señor resucitó y el pecador, de modo que estos casos de resurrección son aleccionadores. Observar cómo el Señor obró nos enseña lecciones importantes para la evangelización.

Su Presencia

En cada caso, la muerte tuvo que huir ante la presencia del Señor. Así como las tinieblas se desvanecen al llegar la luz, la muerte entregó sus presos cuando el Señor se acercó. Nos recuerda que la conversión de un alma requiere de un encuentro personal con el Salvador, el Autor de la vida. En cada caso se cumplió lo dicho por el Señor en Juan 5:25: “Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán”. Ninguno puede ser salvo sin oír su voz, pero no todos responden a su llamado por el evangelio. Entonces cuán importante es que se oiga la voz de Dios en la predicación del evangelio. Es vital que el predicador esté en comunión con su Señor, y haya recibido de él el mensaje para el momento, de modo que los muertos oigan “la voz del Hijo de Dios”, y no meramente la del predicador.

Su Poder

En cada caso el Señor dio una orden al difunto. A la niña y al hijo de la

viuda dijo: “Levántate”. A Lázaro dijo: “Ven fuera”. Todos dejaron el lugar donde estaban: la cama, el féretro y la tumba; pero no pudieron hacerlo por su propio poder. Así sucede con el pecador que desea la salvación: tiene que estar dispuesto a dejar su vida de pecado, pero se halla sin fuerzas para hacerlo. Solo podrá hacerlo por el poder del Señor operando un nuevo nacimiento en él.

El poder del Señor se manifestó en los tres casos, tan distintos el uno del otro. La niña acababa de morir, el muchacho tenía varias horas de muerto pues lo llevaban a enterrar, y Lázaro ya tenía cuatro días en el sepulcro. Cada uno estaba muerto, aunque el avance de la corrupción era distinto. No importa cuánto ha progresado la corrupción del pecado en la vida de una persona, todos son ajenos a la vida de Dios. Nos recuerda que tanto el niño criado en un hogar cristiano, en cuya vida el pecado apenas comienza a manifestarse (comparable a la niña que acaba de morir), la persona religiosa de vida moral (como el joven que llevaban a sepultar), y la persona hundida en el vicio y el mal (que hiede ya como Lázaro), están en una misma condición espiritual: muertos. Todos requieren del poder del Señor para darles la vida eterna. Con cuánto deseo debemos llevar los niños al culto y atenderles con seriedad, pues también están perdidos y expuestos a una triste eternidad de perdición, tan igual como el pecador empedernido y degradado; todos están muertos y necesitan ser salvos.

Los tres casos se parecen en este detalle: Fue una niña única de 12 años,

el hijo único de una viuda, y aparentemente el único hermano de Marta y María. Cada uno era amado por los suyos y sin duda objeto de atenciones especiales, pero ninguno pudo detener la corrupción de la muerte en ellos. Se puede instruir al niño en los caminos del Señor, animar una obediencia a la Palabra de Dios en la vida de uno que desea reformar su vida, pero si no recibe la vida de Dios, el cambio no será duradero y el fin lamentable. Reforma y religión no salvan del poder del pecado; el nuevo nacimiento sí.

Su Palabra

El Señor usó su palabra para dar la vida. “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada.” (1 Pedro 1:23,25). La palabra de Dios tiene poder, es viva y eficaz, convierte el alma, alumbra, es palabra de vida eterna. Con razón Pablo exhortó a Timoteo: Que prediques la palabra.

Las Condiciones

El ambiente en cada caso fue importante. Al llegar a la casa de Jairo encontraron una multitud: unos lloraban, otros lamentaban, otros tocaban flauta y había alboroto. Antes de hacer el milagro, el Señor los echó fuera y con los padres, que de veras sentían el dolor de la muerte de la niña, y los tres apóstoles más allegados a él, entró donde estaba la niña y le dio vida. ¿Será importante este detalle? Creo que es muy importante. Un ambiente emotivo, creado por una predicación

que apela a los sentimientos y no tanto a la conciencia, o un trasfondo musical, producirá profesiones pero no conversiones. El Señor los echó fuera y sólo su persona y su palabra operaron el milagro. Pedro aprendió la lección de su Maestro, pues cuando resucitó a Dorcas (Hechos 9:40-41), hizo exactamente lo mismo. Imitemos también su ejemplo.

Puede ser que no nos valgamos de estas tácticas tan comunes entre las denominaciones, pero cuidemos de mantener un ambiente propicio, tanto durante la reunión de predicación como después, para que el Señor obre. El Señor suele obrar cuando se muestra reverencia ante su persona y su palabra, de manera que debe haber solemnidad en la reunión. Eso lo vemos en el caso del hijo de la viuda porque cuando se acercó al féretro y lo tocó, los que lo llevaban se detuvieron. No me imagino eso ocurriendo hoy día si alguien se acerca al féretro en una procesión fúnebre. Pero la autoridad de su persona hizo que se detuvieran, y entonces pronunció las palabras que dieron vida al joven. El Señor está presente en nuestras reuniones; aunque no lo vemos, podemos sentirlo y eso nos motiva a conducirnos de una forma cónsona con la dignidad de la persona que preside. Si con nuestra actitud mostramos que no le damos mucha importancia o seriedad a lo que se hace, si no estamos atentos a la palabra, ¿qué seriedad le dará el inconverso? Nuestra conducta después del culto debe ser de acuerdo a las realidades eternas oídas. Puede ser que una persona salga conmovida, deseando escapar de la perdición, pero las impresio-

nes hechas por el Espíritu Santo se desvanecen ante las risas y la frivolidad de los creyentes.

Ante la tumba de Lázaro el Señor también creó un ambiente propicio: Él oró. Marta protesta que se quite la piedra, pues su hermano hedía ya, y el Señor cariñosamente reprende su incredulidad. Luego quitan la piedra y nos imaginamos la multitud expectante, esperando ver qué hará el Señor. Él ora con palabras tan sencillas pero evidencian la cercana comunión entre el Padre y él. Pero en su oración pide por la multitud que está alrededor para que crean que el Padre le envió. “Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera!” Nuestra comunión con el Padre es vital si hemos de ser usados en la gran obra de la evangelización, y la intercesión por los perdidos agrada a Dios (1 Timoteo 2:1-4) y le place responder salvando almas. Cultos de oración y ministerio antes de comenzar una jornada de predicación sirven para estimular la restauración del pueblo de Dios a la comunión con el Señor, y despertar el ejercicio de orar por los perdidos.

El Cambio

El cambio en ellos después de oír la voz del Señor, fue espectacular. La niña se levantó, el joven se incorporó, Lázaro salió caminando. ¡Qué impresionante! No hicieron nada fuera de lo común, pero lo grande es que lo hizo uno que estuvo inerte bajo el dominio de la muerte. Los testigos podían decir a una voz: indudablemente, él vive. No esperamos ver grandes cosas en un nuevo creyente, pero si debemos ver evidencias de la nueva vida que Dios

imparte. Es motivo de preocupación cuando personas que dicen creer en el Señor no dejan las cosas del mundo o las sustituyen con cosas que son mundanas pero con sabor “evangélico”. El que recibe la naturaleza divina tiene aspiraciones santas y propósitos espirituales, lucha contra su carne, y vence al mundo. El mundo sabe que ya no es de ellos. Triste cuando piensan que somos de ellos, sólo que “es evangélico”

La Provisión

También nos interesa aprender de las instrucciones que el Señor dio después de resucitar a los difuntos. A los padres de la niña les dijo: dadle de comer – necesitaba alimento. Dio el joven a su madre después que comenzó a hablar – necesitaba comunión. De Lázaro dijo: desatadlo y dejadle ir – necesitaba ayuda. A veces dejamos que los nuevos creyentes se defiendan como puedan y les dispensamos poco cuidado. Si cuidamos de un recién nacido en la familia como cuidamos a los recién convertidos, ¡de seguro morirán!

Veamos, pues, los cuidados brindados por el Señor, porque él sabía lo que les hacía falta para comenzar la “nueva” vida. Al resucitar a la niña, mandó a sus padres que le dieran de comer. El apóstol Pablo recordó a los Tesalonicenses su proceder entre ellos cuando creyeron en el Señor (1 Tes. 2:1-12), cómo fue tierno entre ellos como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos, y exhortaba y consolaba a cada uno como lo haría un padre con sus hijos. El nuevo creyente requiere del cuidado de pastores que lo

amen por causa de Cristo, de hermanos y hermanas que lo encaminen por las sendas de justicia, de maestros que le den el alimento necesario para que pueda tener un crecimiento espiritual normal. ¡Hay muchas vacantes para estos trabajos!

El joven necesitaba comunión, y lo dio a su madre. Si lo amaba antes, ¡cuánto más ahora! ¿Quién podía amarlo más que ella? El recién convertido ha sido incorporado a la familia de Dios con todos los privilegios de hijo; démosle calor y comunión. El Señor dijo, Esto os mando: que os améis unos a otros (Juan 15:17. El nuevo creyente necesita la amistad del pueblo del Señor para sustituir los amigos del mundo que acaba de dejar. Si no halla compañerismo verdadero entre los santos, los buscará y los hallará entre los impíos.

Lázaro salió del sepulcro con las manos y los pies atados con vendas y el rostro envuelto en un sudario. Estas cosas correspondían al sepulcro pero no a la nueva vida. El Señor dijo: Desatadle y dejadle ir. En todo convertido se manifiesta la nueva vida, pero en todos nosotros permanecen cosas de la vida pasada que deben ser quitadas. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestios del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Efesios 4:22-24). A veces al nuevo creyente le quedan costumbres que no convienen y van a entorpecer su caminar con el Señor; debemos ayudar a quitarle “las vendas” de los pies. Pero quitemos “el sudario”

del rostro para que pueda ver, mostrándole en la Palabra de Dios porqué debe dejar aquello.

El Resultado

El gozo y asombro fue grande en cada vida tocada por estos eventos portentosos, y el Señor fue glorificado. Al creer, hay gozo en la vida del que recibe la salvación, los creyentes nos regocijamos, y también hay gozo entre los ángeles de Dios. El cambio manifestado en el convertido hace que aun los impíos glorifiquen a Dios. No olvidemos también nosotros atribuirle toda la gloria a El.

Aod - El Diplomático

Los Trece Jueces (6)

A. M. S. Gooding

Sin embargo, vamos a considerar al salvador como figura de los ancianos, y en un sentido más amplio, de todos nosotros que tenemos que pelear esta batalla para ganar la victoria sobre la carne y sacarlo de nuestro territorio y subyugarlo bajo nuestros pies. Dios levantó a Aod; su nombre significa “uniendo”. Cuando los creyentes entristecen a Dios, la comunión no es disfrutada. No puedo decir que la comunión se rompe, porque “nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo”, pero podemos perder el disfrute de esa comunión. Cuando la carne recobra territorio en nuestras vidas y el pecado llega a caracterizar nuestro vivir, siempre se entremete. El pecado siempre introduce una nube, siempre trae un sentido

de distancia. Pero aquí está un hombre que está uniendo. Es una gran cosa cuando uno puede unir a los creyentes. Pero es algo más grande todavía cuando algún querido creyente tiene una nube entre sí mismo y el Señor, y uno puede remover esa nube y unirle con el Señor.

Mis queridos co-ancianos, ustedes habrán tenido experiencia de esto. Estarán de acuerdo que es un momento santo en la experiencia Cristiana cuando vamos y pasamos un poco de tiempo con un creyente que ha permitido que alguna nube se interponga entre su alma y el Señor, y leyendo las Escrituras y orando juntos, vemos la nube quitada. Vemos al querido hermano sobre sus rodillas con lágrimas en sus ojos hablando con el Señor –tal vez ha pasado tiempo sin hacerlo –y hemos logrado unirle con su Señor. Qué bueno, ¿verdad? Este es el trabajo del sobreevador. Pero, apliquemos esto individualmente por un momento: tal vez hay un querido hijo de Dios con una nube entre sí mismo y el Señor. Tú sabes cuál es esa nube; yo no tengo que decírtelo. ¿Quisieras ser unido nuevamente? ¿Quisieras mirar hacia arriba y reconocer la sonrisa de un Padre? ¿Quisieras sentirte en casa en la presencia de Dios, en vez de tener una conciencia de culpabilidad? Aod – unido; en verdad no hay nada que lo puede igualar. Cuando un creyente pródigo regresa al hogar, siente los brazos de su Padre que corre para echarse sobre su cuello y besarle.

Este hombre Aod, el hijo de Gera, fue un benjamita, un hombre zurdo. No era zurdo en el sentido ordinario: la palabra quiere decir “impedido de la

mano derecha”. ¿Será que solía tener el uso de su mano derecha, pero por alguna razón, tal vez por un accidente o una parálisis, llegó a ser “impedido de la mano derecha”? No era zurdo por naturaleza, pero tuvo que usar su mano izquierda porque era “impedido de la mano derecha”. También fue un Benjamita. ¿Qué significa esto? “Hijo de mi mano derecha”. Era su privilegio espiritual ser un hijo de la mano derecha; y como tal tenía una posición de elevación, de múltiples privilegios. Como hijo de la mano derecha gozaba de honra y debía haber disfrutado de cosas celestiales. Pero he aquí algo extraño –un hijo de la mano derecha, pero su mano derecha no servía; algo le había sucedido. Me alegra que ese es el hombre que Dios usó, porque yo también soy un hijo de la mano derecha. Soy bendecido con toda bendición en los lugares celestiales en Cristo; Dios me ha dado una posición de elevación, una posición de honra, una posición donde puedo disfrutar las más elevadas verdades espirituales. Pero tantas veces estoy “impedido de la mano derecha”, y dejo de vivir en el bien de mi posición honrada. Soy un hijo de la mano derecha que ha perdido su apreciación de las cosas divinas o nunca las he apreciado como debo. ¿Este no es el caso con la mayoría de los creyentes?

Uno habla a los santos de Dios hoy en día acerca de las verdades espirituales del libro de Efesios y ellos dicen: “Está bien, hermano, vivir en los lugares celestiales, pero estoy muy consciente de estar en la tierra. Está bien hablar acerca de vivir en los lugares celestiales, pero si supieras el trabajo

que tengo, y si conocieras mi corazón – ¡oh! ¡Vivir en los lugares celestiales!” Pero eso es lo que somos: hijos de la mano derecha que hemos perdido nuestra apreciación, no estamos viviendo a la altura de lo que tenemos en Cristo. En la epístola a los Efesios tenemos todas las cosas pertenecientes a la mano derecha en los capítulos 1, 2 y 3 – esa es la parte doctrinal de la epístola – bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo. Entonces en el capítulo 4 tenemos una vista de la asamblea desde los lugares celestiales. Mi querido hermano, hombres de la mano derecha, miren a la asamblea desde los lugares celestiales, y es un lugar maravilloso.

El apóstol procede a mirar las relaciones de esposos y esposas desde los lugares celestiales. Te digo que aún la vida de casados es mejor cuando se ve desde los lugares celestiales. ¿Cómo es que el esposo ama a su esposa? Así como Cristo amó a la iglesia. ¿Cómo es que la esposa respeta a su esposo? Así como la iglesia respeta a Cristo. La vida matrimonial es maravillosa vista desde los lugares celestiales.

En Efesios se consideran a los padres y los hijos; y las relaciones entre ellos son elevadas cuando se ven desde los lugares celestiales. Entonces se tratan los amos y los siervos; esta relación también es elevada cuando se le mira desde los lugares celestiales. Y tú y yo debemos ser hombres y mujeres que miramos las cosas desde el punto de vista divino. Pero, somos como Aod: estamos “impedidos de la mano derecha”. Todos tenemos que admitir que vivimos en un nivel muy bajo en lo espiritual, y viviendo de esa manera

preguntamos: “¿Hay alguna posibilidad de tener victoria sobre la carne?” Y para nuestra animación, es un hombre así, un hombre “impedido de la mano derecha” – Aod – que somete a Eglón.

Mi querido hermano, al contemplar el Calvario y todo lo que representa, me llega a lo más profundo de mi conciencia, cuando recuerdo que cada vez que sucumbo a la carne, estoy permitiendo que viva lo que Cristo murió para quitar. Siempre nos hace bien considerar la muerte de Cristo, y recordar cada vez que peco, que Cristo murió por ese pecado en la cruz. ¿Hemos pecado hoy? ¡Piense seriamente! Hace dos mil años sobre un cruz romana el Señor Jesús sufrió por los pecados que tú y yo cometemos hoy.

Parece que Aod era un hombre de alta investidura, un representante del gobierno, un diplomático. Está escrito que por medio de él los hijos de Israel enviaron un presente a Eglón. Sin duda que era el dinero del tributo exigido por Eglón cuando derrotó a Israel. El pago, posiblemente en bienes, fue tan grande que requería de varias personas para llevarlo (ver. 18). Cuando Aod estaba preparándose para su misión, leemos que este hombre, levantado por Dios como salvador para su pueblo, se hizo un puñal de dos filos. ¡Qué cuadro de la palabra de Dios! “La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos” (Heb. 4:12). “La espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Ef. 6:17). ¿No se nos está enseñando de nuevo que la única arma que el Señor nos ha dado en la batalla contra el mundo, la carne

y el diablo es la Palabra de Dios? Aod se hizo un puñal, y nosotros tenemos que hacer nuestra la Palabra de Dios. “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón” (Jer. 15:16). Este puñal fue de un codo de largo – una medida completa. No un poquito menos que un codo, ni un poquito más. Si el puñal nos ilustra la Palabra de Dios para ser usado contra la carne, debemos recordar siempre que tiene que ser *toda* la Palabra de Dios, nada más y nada menos. ¡Cuán fácil es perdonar la carne, por ignorar, omitir, o no leer las porciones de la Palabra de Dios que no queremos obedecer! Algunos creyentes ignoran ciertas partes de la Palabra de Dios. Algunos buscan la vuelta a ciertas secciones, argumentando que no son para los días que vivimos, que solamente eran aplicables a gentes atrasadas, ineducadas y primitivas. ¡Cuán sutiles son nuestras corazones – engañosos, perversos. ¡Algunos hasta se aprovechan de la ignorancia de creyentes sencillos para decir que para ciertos pasajes los manuscritos no son claros! ¡Oh, que hubieran personas honestas como Aod! Un codo completo, por favor, mis queridos hermanos. Tomemos el libro completo, y en la presencia del Señor, apliquemos su filo a nuestra conciencia. No nos olvidemos que no debemos añadir al codo – no la Palabra de Dios más nuestras ideas, prejuicios, tradiciones. No añada a la Palabra de Dios porque te gusta hacer las cosas de cierta manera. A los fariseos les encanta añadir a la Palabra de Dios sus tradiciones pesadas. Tomemos, pues, la Palabra de Dios completa – nada añadido, nada omitido, ni desviación a la

derecha ni a la izquierda – y apliquémosla, no tanto a otros, sino a esa carne que se esconde dentro de nuestro pecho.

El registro sagrado continúa, “se lo ciñó debajo de sus vestidos a su lado derecho”. Estaba escondido debajo de su ropa, sujeto a su muslo derecho. Es sencilla la aplicación, ¿verdad? “En mi corazón he guardado tus dichos, Para no pecar contra ti” (Sal. 119:11). ¿No tenemos que esconder la Palabra en nuestros corazones, tenerla en nuestras mentes, para que el Espíritu la puede traer a la memoria en las horas de crisis cuando la carne tiente – para que no pequemos contra el Señor? Fíjese por favor que estaba sujeta a su muslo derecho (fácil de ser usado por la mano izquierda). Su muslo derecho – la idea de poder y fuerza para caminar. Su pierna y el puñal se moverían juntos en perfecta armonía. Oh, que su Palabra y nuestro andar diario estuviesen en tal armonía. Vestido y preparado de esta manera, Aod entrega el presente, y despide a los que le habían acompañado.

Acaz y Manasés

Notas y Exposiciones Bíblicas (12)

William Rodgers

En el capítulo 18 de Ezequiel hay una porción muy llamativa que vindica a Dios en sus tratos con los hombres, a la vez que presenta varias generaciones de una familia en la cual alternaban los justos con los malos. Es interesante trazar el paralelismo entre estos y los reyes que sucedieron

después de Uzías sobre el trono de Judá. En los versículos 10-13, de aquel capítulo, el hijo descrito resulta ser un hombre malo en extremo como Acaz hijo de Jotam. En los versículos 14-17, el hijo de este malo, apercibido respecto al mal cometido por su padre, busca al Señor y camina en justicia delante de Él, como fue el caso de Ezequías hijo de Acaz. De último, en los versículos 21 y 22, se presenta otra generación mala, pero en este caso la persona mala finalmente se arrepienta y es perdonada. Esta fue la experiencia de Manasés, hijo de Ezequías, como se aprende de 2 Cr. 33:12,13. Así fue que los Israelitas que primero oyeron el mensaje de Ezequiel, tenían en las historias de sus reyes recientes ejemplos concretos de lo que les enseñaba el profeta.

Ezequías era hombre de tal carácter que se habría distinguido entre los reyes de Judá, dondequiera que se hubiera colocado en el linaje. Pero, como se ha indicado, el hecho que el reinado de él ocurrió entre Acaz y Manasés, los dos más malos de todos, realza mucho la gloria de su reinado. Tan malos eran estos dos que el escritor de 2 Crónicas parece carecer de palabras para describir sus idolatrías tan obscenas y saber a cuál de ellos debería asignar la palma de la vileza. En el capítulo 28, al fin de un pasaje largo en el cual describe los pecados de Acaz y sus consecuencias, resume todo diciendo “había actuado desenfrenadamente en Judá, y había prevaricado gravemente contra Jehová”, v.19. Así mismo, en el capítulo 33:9, dice que Manasés “hizo extraviarse a Judá y a los moradores de Jerusalén, para hacer más mal que las

naciones que Jehová destruyó delante de los hijos de Israel”.

Comparando a estos dos, Manasés tenía un punto a su favor y fue que últimamente solo él se arrepintió, y procuró deshacer algo del mal que hizo, 2 Cr .33:12-16. Por otro lado, en su crueldad y homicidios él había excedido el mal de Acaz. El escritor del segundo libro de Reyes lo hace resaltar, 24:4, recordando que “por los pecados de Manasés... (pues llenó a Jerusalén de sangre inocente) Jehová, por tanto, **no quiso perdonar**”. Estas últimas palabras hacen entender que aunque Manasés personalmente fuera perdonado como resultado de su arrepentimiento, 2 Cr. 33:13, con todo, el extremo a que él había llevado la nación la llevó más allá del perdón y fue causa principal de su cautividad en Babilonia. Son varias las porciones que aseveran distintamente que fue así: 2 Reyes 24:1-4, 21:11-14, 23:26,27, Jeremías 15:4.

Pero, aunque todo esto sea cierto, no quedó justificado Acaz. Fue él que primeramente trajo a los grandes reyes del norte a Judá. Solicitó la ayuda del asirio contra Peka de Israel y Rezín de Siria. Lo hizo deliberadamente, habiendo sido aconsejado por Dios a través de su siervo Isaías, que no lo hiciera, Isaías 7:1-20. Este episodio en la historia de Acaz, mencionado en Reyes y también en Crónicas, se trata desde otro punto de vista en Isaías 7. Esta porción revela que los reyes de Israel y de Siria se habían confederado para pelear contra Judá. Y no solamente esto, sino que también habían acordado destronar la casa de David y colocar como rey a una criatura que hab-

ían escogido que se llamaba “el hijo de Tabeel”. Isaías 8:6 indica que este plan fue favorecido por algunos de los súbditos de Acaz. Sin duda, como el atentado de Atalía de destruir el linaje de David del cual se salvó el niño Joás, este fue otro de los muchos atentados de Satanás de eliminar la familia de la cual saldría la “Simiente” prometida. Tomando en cuenta la extrema maldad del rey mismo, este plan encubierto parecía tener más esperanza de éxito, pero fue “quebrantado” por la promesa y los propósitos de Dios, Isaías 8:8-10.

Comprender estas cosas nos permitirá leer con más inteligencia los capítulos 7 al 11 de Isaías. Se verá que en 7:2,13, se usa la frase “Casa de David” donde se esperaba el nombre personal “Acaz”. Se dará cuenta también de las muchas profecías llamativas que se refieren al Mesías que venía – el Hijo de la virgen que se llamaría “Emmanuel”, 7:14,15, 8:8, Santuario, Piedra para tropezar y Tropezadero para caer, 8:14, Gran Luz que llenaría Galilea de los Gentiles, 9:1,2. El Niño nacido, el Hijo dado, se llamaría Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz, 9:6,7, Vara del tronco de Isaí, 11:1, quien, a la vez, es Raíz de Isaí, v.10.

Fácilmente se podría señalar los vínculos que existen entre estas Escrituras y las circunstancias bajo las cuales fueron pronunciadas. Son dignas de un estudio serio y al considerarlas apenas sabremos si nos maravillamos más por la dureza del hombre que, habiendo escuchado tales promesas gloriosas, volvía a hundirse más profundamente en sus idolatrías, o quedar maravillados por la persistencia del

Señor que llevaba adelante sus propósitos a pesar de las fallas y la maldad de Acáz y Manasés, y muchos otros como ellos.

Saúl y las Asnas

Samuel (10)

W.W.Fereday

Ahora, se presenta el hombre del escogimiento del pueblo – el que representaba sus deseos carnales. Llamativamente, se presenta inicialmente con relación a asnas, en contraste impresionante con el hombre del escogimiento de Jehová, el que tenía el cuidado de ovejas y corderos, Salmo 78:70-72. Aun en el caso de las asnas perdidas por Saúl, aunque halladas posteriormente, no fue él quien las halló. David, al contrario, exponiéndose pudo salvar un cordero del león y del oso, dos enemigos feroces. ¡Cuán sugestivas son estas lecciones! El asno es símbolo de la carne en su pobreza y turbulencia. “Mas el hombre fatuo quiere pasar por entendido, aunque haya nacido el hombre como pollino de asno montés”, Job 11:12, VM. En Israel el hijo del hombre igualmente como el pollino del asno tenía que ser redimido con un cordero, Éx. 13:13. Las ovejas y los corderos, a través de la Palabra de Dios, representan al verdadero pueblo de Dios. Para estos, Saúl no tenía ni corazón ni capacidad. Podría ser caudillo; definitivamente no era pastor.

Él era de la tribu de Benjamín, una tribu notoria por su porfía en maldad, Jueces 19:21. En consecuencia llegó a

ser la más pequeña de las tribus de Israel, 1 Sam. 9:21. Su nombre significa “pedido”, y él era la respuesta a la demanda carnal del pueblo. Por esto mismo, de una manera significativa él representa la carne, pero, ¿tal persona tenía la competencia para atajar la maldad intranquila de un pueblo sublevado? ¡La carne no se puede dominar por la carne! ¡Cuán bueno si pudiéramos estar conscientes de esto cuando se presenten dificultades en la Asamblea! Las condiciones que la carne solo puede exacerbar, podrían ser sanadas totalmente por el poder y la gracia del Espíritu Santo. ¡Cuán a menudo la iglesia de Dios ha comprobado esta verdad!

Parece que Saúl no era consciente de la existencia de Samuel ni de las obras maravillosas de Dios en relación a él. En esto, se parece a Belsasar quien, en tiempo de necesidad, aparentemente ignoraba la existencia de Daniel, a pesar del hecho que su padre, Nabucodonozor, en su trato con Daniel había vivido eventos inolvidables, Dan. 5:11. Pero, Belsasar era pagano, mientras Saúl pertenecía al pueblo que tenía relación con Jehová. Es un hecho que la carne nunca se interesa en lo que hace Dios, ni en los instrumentos empleados por Él. Es posible oír con indiferencia de tales cosas sin que dejen huellas en el corazón.

Realmente, en aquel momento, Jehová tenía más interés en Samuel que en cualquiera otra persona en el mundo, siendo él quien se presentaba continuamente delante de Dios a favor de Su pueblo errante. Con todo, ¡parece que para Saúl él era desconocido!

En su dificultad Saúl no tenía en mente buscar a Dios. Para nosotros es deleitoso saber que nuestro Dios se interesa en las cosas pequeñas como en las cosas grandes. Hoy, cualquier hijo de Dios que perdiera sus asnas no lo tendría por tan trivial que no consultaría a Dios. Hemos sido invitados a hacer conocer “nuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”, Fil. 6:4. Saúl fue favorecido con un siervo excelente que le informó que había un hombre de Dios en la ciudad a la cual se acercaban, y aconsejaba consultarle acerca de su camino. También los siervos de Naamán, el sirio, tenían una parte importante en su bendición, 2 Reyes 5. De estos casos se aprende a no menospreciar el consejo y el ministerio de los más humildes mensajeros de Dios.

Pero, Saúl tenía una dificultad. ¿Samuel no demandaría pago por sus servicios? Dijo, “Vamos ahora, ¿pero que llevaremos al varón? Porque el pan de nuestras alforjas se ha acabado, y no tenemos qué ofrecerle al varón de Dios”. Quedaron agotados sus recursos porque estaban unos días fuera de casa. Replicó el siervo, “He aquí, se halla en mi mano la cuarta parte de un siclo de plata; esto daré al varón de Dios, para que nos declare nuestro camino”. Es difícil que la carne, entenebrecida, se aparte del concepto de pagos. Para la mente carnal la gracia es una cosa extraña, e inconcebible que Dios sea un Dios dador; sin embargo, todos los que son objetos de su favor son conscientes de esta bendita característica de Dios. Él dio su Unigénito Hijo (base de todo otro don) y con Él nos ha dado todas las cosas, Rom

8:32. De esta misma gracia generosa procede el don del Espíritu Santo y la vida eterna. “Más bienaventurado es dar que recibir”, Hechos 20:35. La carne continuamente sospecha que Dios pueda demandar algo, (véase Mateo 25:24) pero nunca quiere dar mucho.

Si Saúl hubiera tenido el más mínimo concepto de la grandeza de Dios y la dignidad moral del hombre que le representaba, se le habría ocurrido pedirle un favor antes que procurar comprar la información que necesitaba con “la cuarta parte de un siclo de plata”. En los tratos con Dios, ¡la carne es tan insensible de la propiedad moral como de la gracia! La conducta de Saúl y de su siervo indica que ni el uno ni el otro tenían un sentir real de tratar con Dios. Era mal agüero para aquel que pronto sería el rey de Israel.

La visita de Saúl a Samuel nos ha provisto de un vistazo del modo de vida cotidiano del hombre de Dios. Pero, primero permítanos comentar sobre las dos designaciones “profeta” y “vidente”, como dice, “al que hoy se llama profeta, entonces se le llamaba vidente”, 1 Sam. 9:9. Expresado sencillamente, el Vidente veía algo, Ez. 13:3. Hermanos, ¿podemos decir realmente que “vemos a Jesús, que fue hecho un poco menor que los ángeles a causa del sufrimiento de la muerte?”, Heb. 2:9. ¿Apreciamos las palabras del Señor con respecto al Espíritu Santo? Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber”, Juan 16:14-16.

Si el Cristo, resucitado y exaltado llenara la visión de nuestra alma entonces, como el Profeta, tendríamos algo que contar. Era obra del profeta proclamar antes que pronosticar. Si por el poder del Espíritu se extendiera delante de nuestra visión aquel mundo de vida y gloria del cual el Señor es el Centro y el Sol, tendríamos mucho que proclamar. En tal caso podríamos decir, “lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto testificamos”, Juan 3:11.

¡Que nos dediquemos, hermanos, no a ser predicadores ni conferencistas, sino videntes y profetas espirituales!

Lo que Preguntan

¿Un creyente puede estar fuera de comunión con Dios?

Posiblemente se expresa este pensamiento mejor al hablar de perder nuestro disfrute de la comunión con Dios.

Juan escribe su primera Epístola para que los creyentes tengan comunión “con nosotros”. “... tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre”, 1 Juan 1:3. Él era el último sobreviviente de los apóstoles, y se estaba atacando la doctrina de los apóstoles. Las verdades de esta epístola confirmaron a los creyentes en lo que se les habían enseñado, y de esta manera ellos disfrutarían más a fondo de la comunión con Juan y con aquellos por quienes testificaba. “... la vida fue

manifestada, y la hemos visto, y testificamos”, 1:2. Entonces afirma que él, los apóstoles y toda la familia de Dios están en “la comunión” con el Padre y con el Hijo, 1:3. Nunca podemos estar fuera de esta comunión.

En los versículos que siguen Juan indica claramente que el pecar no es característico de la vida de un creyente, ni lo es mentir o desobedecer la verdad. “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad”, 1:6. Un individuo anda en la oscuridad o anda en la luz, porque es un incrédulo o es un creyente. La demarcación es clara. Todos los que andan en la luz (cosa característica de todo creyente) tienen comunión entre sí. “Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros”, 1:7.

Tristemente, un creyente puede llegar a no disfrutar de esta maravillosa comunión familiar, y la vida se malgasta. Es que el pecado le quita al creyente el gozo de la salvación. Aun los pecados como la deshonestidad, el enojo, la codicia y los pensamientos perversos pueden enturbiar el alma. No es una cuestión del ánimo del momento o las emociones irracionales.

Así como se puede perder en un momento esa relación feliz, también se puede restaurarla de una vez, porque la confesión del pecado no es un acto de penitencia. El reconocimiento inmediato de los efectos y la respuesta en confesión deben caracterizar al creyente. Al confesar este pecado al Señor, el creyente vuelve al disfrute del Salvador y a llevarle fruto. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para

perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”, 1 Juan 1:9.

Cuando confesamos nuestros pecados, no estamos informándole al Señor de algo que Él desconocía. Estamos enfrentando un problema — nuestros pecados — y empezando a reconocer la gravedad del pecado contra Dios. La confesión del pecado significa decir nosotros lo mismo acerca de nuestro pecado que dice Él; es estar de acuerdo con él.

Al estar consciente de su pecado, el creyente confiesa, “Señor, fue pecado”. Esto no es mero hablar, sino la respuesta de un corazón devoto para honrar a Dios y compartir su oposición al yo y al pecado. Sirve para inculcar la santidad de Dios en nuestros corazones y recordarnos de nuestra debida sumisión a él. En la estima de Dios la contrición es un activo de gran valor; hay una estrecha relación entre confesar nuestros pecados y tener “un espíritu contrito”.

En su sabiduría infinita Dios ha ordenado que la confesión personal y privada nos devuelva el gozo de la salvación y de nuestro Salvador. Como aprendemos a menudo, tiene maneras de tratar con nosotros que nos dejan maravillados, y el tiempo ha revelado otros beneficios que recibimos debido a la manera en que nos trata. Lo mismo se puede decir de la confesión del pecado; además de traernos de nuevo a disfrutar de él, podemos aprender mucho de este modo de tratar con nuestros pecados.

D.Oliver (Truth and Tidings)

Por Fin Estoy en Casa

(viene de la última pág.)

Dios le dio respuesta a muchas de sus oraciones incluyendo la relacionada con el día de su partida. Ella quería que fuera un día domingo porque es el día cuando se celebra la Cena del Señor. Quería trasladarse de la casa de Dios aquí en la tierra a la casa de Dios allá en el cielo. Así sucedió el domingo 17 de junio de 2007, a las 8:50 pm, hora en la que partió para irse a la patria celestial. Ese día, al llegar al cielo, seguro pudo expresar de nuevo: “Por fin estoy en casa”. Por la abundante gracia de Dios, ese es el destino que le espera a todo pecador arrepentido que ha recibido a Jesucristo como Salvador personal. La promesa del Señor es: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mi mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”, Juan 14:2,3. Con cierta frecuencia cantamos:

A la Tierra marchamos do viven los santos

En gozo y gloria y honra inmortal.

Y tú, que sin Dios corres presto a la muerte,

¡Oh! Di: ¿Quieres ir al Edén celestial?

Ojalá que la respuesta de tu corazón sea “Sí”, para que también un día puedas llegar a decir: “Por fin estoy en casa”.

Bernardo Chirinos

Por Fin Estoy en Casa

Esas fueron las palabras que pronunció la Srta. Donna Slack cuando arribó a Venezuela en mayo de 1974 proveniente de EUA. Doce años antes su vida había sido impactada al descubrir a través de la Biblia su condición como débil pecadora delante de Dios con el riesgo inminente de perder su alma para siempre. Por eso, para ella fue decisiva la lectura de Romanos 5:6: “Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos”. Esa porción bíblica la guió a los pies del Salvador el 5 de febrero de 1962, mientras vivía en Jackson, Michigan, EUA. Desde esa fecha su interés era servir y agradar a Aquel que por amor a ella había muerto en la cruz en el Calvario para limpiarle sus pecados.

Estimado lector, estas sencillas y hermosas verdades siguen salvando y cambiando vidas hasta el día de hoy. Tu y yo también somos pecadores por quienes Cristo entregó su vida para salvarnos y su sangre preciosa derramada en la cruz puede limpiar de todo pecado.

Pero el propósito de Dios no sólo es salvarnos sino usarnos para Su gloria y el bien de los demás. Ella tenía en su corazón el deseo de trabajar en un orfanato y con ese objetivo llegó a Puerto Cabello en 1974. Sin saber el español, se alojó en un apartamento en la primera planta del Colegio Evangélico. Cierta día, mientras bajaba miró a una maestra y su hermana arreglando una cartelera alusiva al día del árbol. La dificultad para comunicarse no impi-

dió que ella se interesara en ayudar buscando diversas cosas en su habitación para terminar de elaborar la cartelera. Ese día fue el comienzo de una larga y hermosa relación entre la Srta. y esa maestra y su familia y entre la Srta. y el Colegio Evangélico. Sin ella saberlo, el Señor la estaba guiando para servir en una obra a la que dedicaría por entero su vida por los próximos treinta y tres años. En efecto, la labor del Colegio conquistó el corazón de ella y se integró para ayudar y administrar allí muy eficazmente.

Realmente el Colegio y la familia de aquella maestra llamada Inés llegaron a ser “su casa”. A pesar de tener severos problemas de la columna, corazón y posteriormente de cáncer, Dios la fortaleció para que el Colegio pasara de tener 5 grados hasta tener el bachillerato completo; de una infraestructura de una sola planta hasta una de 4 plantas, y de una matrícula de unos cien alumnos hasta una de casi 700. Eso demuestra que Dios no sólo está interesado en perdonar los pecados y salvar, sino que El tiene propósitos especiales para todos los que reciben a Cristo como Salvador. No importa lo frágiles que seamos, porque su poder “se perfecciona en nuestra debilidad”.

Su anhelo era ver jóvenes abriendo su corazón para aceptar a Jesucristo como Salvador y durante esos años tuvo el gozo de ver a muchos dando ese paso de fe, por las enseñanzas dictadas en las aulas del Colegio.

(continúa en la pág. 23)